

# EDIFICAR LA IGLESIA CONSTRUYENDO EL MUNDO

Ana María Sanguinetti\*

## 1. EL SER Y HACERSE DE LA IGLESIA DESDE LA PERSPECTIVA DE SU ESTRUCTURA ORGÁNICA

En el número 59 de *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, san Josemaría responde a un periodista que lo interroga acerca del proceso moderno de evolución del laicado. Luego de responder que el *quid* de la cuestión se cifra en la toma de conciencia de la dignidad de la vocación cristiana fundada en el Bautismo que cabe a los laicos<sup>1</sup>, explicita que esto «trae consigo una visión más honda de la Iglesia, como comunidad formada por todos los fieles, de modo que todos somos solidarios de una misma misión, que cada uno debe realizar según sus personales circunstancias. Los laicos, gracias a los impulsos del Espíritu Santo, son cada vez más conscientes de ser Iglesia, de tener una misión específica, sublime y necesaria, puesto que ha sido querida por Dios»<sup>2</sup>.

Desde el punto de vista eclesiológico es prioritario, antes que concebir la misión de la Iglesia, posicionarse en la comprensión de su misteriosa realidad ontológica, por la que ella misma se constituye en el Cuerpo de Cristo en tanto que, como comunidad de fieles, le hace presente en el mundo<sup>3</sup>. Este es el punto de partida del que se deriva la consideración de que a todos los que conforman ese Cuerpo cabe por igual, aunque de diverso modo, el tomar parte en su única misión.

---

\* Dra. en Teología (Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Roma). Profesora de Antropología (Universidad Austral, Buenos Aires).

<sup>1</sup> *Conversaciones*, n. 58.

<sup>2</sup> *Ibid.*, n. 59.

<sup>3</sup> Cfr. J.L. ILLANES – A. MÉNDIZ (dirs.), *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer – Rialp, Madrid 2012, p. 302 (comentario al n. 59a).

Esta visión de la Iglesia es relevante, no sólo por lo que atañe a los laicos, sino también por lo que respecta a su relación con los presbíteros, quienes pastoralmente han de promoverlos en su dignidad desde su específico *status* eclesial<sup>4</sup>.

La concepción de los laicos que tiene san Josemaría implica, en verdad, una visión de la Iglesia que aporta novedad al posterior desarrollo de una eclesiología más acorde a la voluntad fundacional de Jesucristo y a la vida y comprensión de la misma en los albores del cristianismo, tal como se pone de relieve en el Concilio Vaticano II<sup>5</sup>.

Es notable cómo la idea nuclear del texto citado, publicado en 1968, despuntaba ya en el pensamiento de san Josemaría desde 1928, casi cuarenta años antes de la celebración del Concilio.

La comprensión teológica de la identidad del laico se desprende de una visión totalizante de la Iglesia que se centra en sus dos componentes fundamentales desde su misma fundación: clérigos y laicos que conforman una sola comunidad de fieles, procedentes ambos de una doble consagración institucional: la bautismal –recibida por todos–, y la ministerial –sólo por algunos–, con radical igualdad por lo que hace a su pertenencia a la Iglesia, pero con diversidad esencial por lo que se refiere a la modalidad de su configuración sacerdotal con Jesucristo. No se opone a esta estructura orgánica fundamental –hecha de clérigos y laicos en el mundo– el hecho de que algunos –los religiosos– hayan sido invitados por Dios a “abandonar el mundo” para «dar un testimonio escatológico público, que ayude a recordar a los demás fieles del Pueblo de Dios que no tienen en esta tierra domicilio permanente»<sup>6</sup>.

La diversidad de posición de cada uno en la Iglesia implica una innegable riqueza para ella misma y para el mundo por cuanto las diferentes maneras de participación en su misión contribuyen a que cada uno, desde su propio lugar eclesial, se transforme a sí mismo y a su

<sup>4</sup> Cfr. *Conversaciones*, n. 59.

<sup>5</sup> Para una reseña histórica ver R. PELLITERO, *La Teología del laicado en la obra de Yves Congar*, Prólogo de Pedro Rodríguez, Eunsa, Pamplona 1996. Cfr. P. RODRÍGUEZ, *La identidad teológica del laico*, en: AA.VV., *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo*, Actas del VIII Simposio Internacional de Teología, Eunsa, Pamplona 1987, pp. 71-111.

<sup>6</sup> Cfr. *Conversaciones*, n. 11. Los religiosos, conforme a su condición personal, se hallan más allá de la estructura orgánica fundamental, ubicados en la estructura “histórica” y concreta de la Iglesia: cfr. P. RODRÍGUEZ, *La identidad*, cit., p. 75.

propio medio o ambiente en “materia” sacramental propicia para remitir todo y a todos a Cristo, Rey y Señor, en tanto que signo e instrumento de salvación –*sacramentum salutis*–, por el poder salvífico eficaz de la Iglesia constituida ella misma *como un sacramento*<sup>7</sup>.

Entra aquí en juego la comprensión de la manera orgánica de estructurarse de esta comunidad de fieles configurada como Pueblo de Dios, por la que de igual modo todos *son* Iglesia en tanto que fieles.

El concepto de Pueblo de Dios del que se vale el Concilio para referirse a la unidad de la Iglesia hace referencia al *Christus totus* del que hablaba San Agustín, Cabeza y miembros: «Cuando me atemoriza lo que soy para vosotros, me llena de consuelo lo que soy con vosotros. Porque para vosotros soy el Obispo, con vosotros soy un cristiano; aquel es el nombre de mi oficio (*nomen officii*), éste es el nombre de la gracia (*nomen gratiae*); aquel es mi responsabilidad, éste es mi salvación»<sup>8</sup>.

En este encuadre interesa entender que el *ser* Iglesia propio de los laicos implica una visión de la misma que supera la parcialidad de concebirla desde una perspectiva verticalista, fundamentalmente hecha de ministros jerarquizados, así como la de pensarla sólo como una comunidad eminentemente horizontal, hecha de *cristianos sin más*, es decir, constituida por fieles genéricamente considerados, sin ninguna distinción<sup>9</sup>.

San Josemaría sale al paso de ambos riesgos al señalar que, por una parte, los laicos saben que la misión de la Iglesia que les compete «depende de su misma condición de cristianos, no necesariamente de un mandato de la Jerarquía»<sup>10</sup>. Señala también «que el cristiano corriente, hombre o mujer, puede cumplir su misión específica, también la que le corresponde dentro de la estructura eclesial, sólo si no se *clericaliza*, si sigue siendo secular, corriente, persona que vive en el mundo y que participa de los afanes del mundo»<sup>11</sup>. Ha visto esto con tal claridad que «he dedicado mi vida –afirma– a defender la plenitud de la vocación cristiana del laicado, de los hombres y de las mujeres corrientes que viven

<sup>7</sup> Cfr. CONC. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 1 (en adelante LG).

<sup>8</sup> SAN AGUSTÍN, *Sermo* 340: PL 38, 1483 (citado en LG, n. 32).

<sup>9</sup> Acerca de esta doble concepción cfr. R. BERZOSA, *¿Una teología y espiritualidad laical?*, disponible en [www.mercaba.org](http://www.mercaba.org).

<sup>10</sup> *Conversaciones*, n. 59.

<sup>11</sup> *Ibid.*, n. 112.

en medio del mundo y, por tanto, a procurar el pleno reconocimiento teológico y jurídico de su misión en la Iglesia y en el mundo»<sup>12</sup>.

La visión de los laicos de san Josemaría se inscribe en una eclesio-  
logía que conjuga el específico aporte de cada uno de sus miembros  
desde su propio *situs* en la Iglesia, en una complementariedad armónica  
inescindible de *ser* y de *hacer* que, conforme a su «*organice exstructa*»<sup>13</sup>,  
hace de la Iglesia una unidad.

Benedicto XVI lo expresa con claridad: «En sus fieles y en sus mi-  
nistros la Iglesia es sobre la tierra la comunidad sacerdotal estructurada  
orgánicamente como Cuerpo de Cristo, para desempeñar eficazmente,  
unida a su Cabeza, su misión histórica de salvación»<sup>14</sup>. Precisa que «es  
en la diversidad esencial entre sacerdocio ministerial y sacerdocio co-  
mún donde se entiende la identidad específica de los fieles ordenados y  
laicos»<sup>15</sup>, por lo que subraya la necesidad de «evitar la secularización de  
los sacerdotes y la clericalización de los laicos»<sup>16</sup>.

Desde este planteamiento basilar de la Iglesia es posible comprender  
consecuentemente la articulación orgánica funcional de esas dos compo-  
nentes esenciales de su estructura fundamental –clérigos y laicos– por  
la que ninguna de las dos tendría razón de ser sin la otra, «*ad invicem  
ordinantur*»<sup>17</sup>.

De este modo se entiende que la Iglesia *es*, pero *se hace*, por la  
articulación complementaria entre sus pastores y los demás fieles en  
su *ser* y *hacerse* Cristo –*ser* y *hacerse* Iglesia–, mediante el cumplimiento,  
cada uno a su modo, de su única e idéntica misión, de la que «todos son  
solidarios»<sup>18</sup>.

La comprensión de la Iglesia en su estructura fundamental es clave  
para entender la posición que cabe en concreto a los laicos en ella, en  
tanto que bautizados cuyo *habitat* natural es el “mundo” entendido como  
*saeculum*, de donde proviene su nota esencial, la secularidad.

---

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *LG*, n. 11.

<sup>14</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso* a Obispos Brasileños, 7-IX-2009.

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *LG*, n. 10.

<sup>18</sup> *Conversaciones*, n. 59.

2. *EL SER Y HACER IGLESIA DE LOS LAICOS EN EL MUNDO Y DESDE EL MUNDO*

La participación de todos los bautizados en el único sacerdocio de Cristo desde una visión eclesiológica total ya se preanunciaba en Yves Congar en los albores del desarrollo de una teología del laicado<sup>19</sup>. La idea se funda en que ese “ser Cristo” de cada bautizado es lo que le capacita para integrarse eficazmente en la misión global y única de la Iglesia: santidad y apostolado.

El *ser y hacer* propio de los laicos en esa comunidad que es la Iglesia tiene su raíz en el *triplex munus* de Cristo del que todos participan conforme a la unidad de su condición mesiánica, según la cual su sacerdocio es profético y real a la vez, inseparablemente<sup>20</sup>.

Todos y cada uno de los bautizados participan así –según el *ubi* eclesial de cada uno– en la triple dimensión mesiánica del Cristo total que es la Iglesia.

Cabe a cada uno su parte cualitativa en el correspondiente triple ministerio, desde su peculiar condición específica: la propia del ministro –mediante el ejercicio de su sacerdocio ministerial–, y la del laico o religioso –mediante la puesta en acto del sacerdocio común de los bautizados–, según la modalidad personal de su configuración sacerdotal con Jesucristo en su cuerpo eclesial.

La participación es ontológica, antes que funcional, por cuanto deviene de la consagración bautismal por la que todo fiel cristiano es asimilado a Cristo sacerdote, hallándose habilitado para cumplir su función mediadora en la Iglesia en su triple dimensión –sacerdotal, profética y real–, tal como se da en Cristo.

<sup>19</sup> Cfr. Y. CONGAR, *Jalons pour une théologie du laïcat*, Editions du Cerf, Paris 1953. Cfr. R. PELLITERO, *La teología del laicado...*, cit.

<sup>20</sup> Hasta el Concilio Vaticano II el *triplex munus* de Cristo había sido aplicado, en general, a la distribución de las tareas jerárquicas en la Iglesia. Desde el Concilio se aplica a todo el Pueblo de Dios como comunidad sacerdotal, por lo que la función de los laicos en la Iglesia y en el mundo comienza a explicarse en relación con los tres *munera* de Cristo. Para un esbozo histórico del tema con alusión a la influencia de la postura de Yves Congar y de Gerard Philips en la elaboración del texto de la *Lumen Gentium* cfr. R. PELLITERO, *Los fieles laicos y la trilogía “Profeta-Rey-Sacerdote”*, disponible en [http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/6622/los\\_fieles\\_laicos\\_y\\_la\\_trilogia\\_profeta-rey-sacerdote.pdf](http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/6622/los_fieles_laicos_y_la_trilogia_profeta-rey-sacerdote.pdf)

El concepto de *communio* –subyacente al Concilio– es fundamental para entender con profundidad el concepto de participación eclesial: «Precisamente porque deriva *de* la comunión eclesial, la participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo exige ser vivida y actuada *en* la comunión y *para* acrecentar esta comunión»<sup>21</sup>. La *communio* manifiesta la inescindible unidad de la Iglesia, tanto en sentido vertical –invisible–, la de cada fiel bautizado con la Santísima Trinidad, como en sentido horizontal –visible–, la que se refiere a la unión de todos los hijos de Dios entre sí por la participación de todos en los mismos bienes: una misma fe, una misma esperanza, una misma caridad, unos mismos sacramentos.

Así la Iglesia se manifiesta no sólo como comunión sino como *sacramento de esa comunión*, en tanto que signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de los hombres entre sí<sup>22</sup>.

El concepto de participación se halla íntimamente relacionado con el de comunión en su doble dimensión –vertical y horizontal– en el sentido de “tomar parte en el todo”, esto es en el ser mismo de Cristo y su misión, lo que equivale a decir en el ser mismo de la Iglesia y de su entera misión, «no porque a cada uno le corresponda una parte de esta misión, sino porque a todos corresponde la entera misión pero según diversos modos particulares»<sup>23</sup>, sólo en este sentido parciales.

Hablar de participación no significa, por tanto, que a los laicos corresponda sólo una parte, en sentido cuantitativo, de esa misión, sino que les corresponde toda esa misión, pero de un modo particular entre otros; a su vez tampoco supone que los laicos «tomen parte en la misión propia de otros (que serían la Iglesia), pues *son ellos mismos Iglesia*»<sup>24</sup>.

Los diferentes modos de tomar parte en la misión se deriva de la diversidad de participación sacramental de cada uno de los fieles en los *tria munera* de Cristo, ya sea que ésta devenga del sacramento del Bautismo o del sacramento del Orden, a lo que se añade la condición personal de cada uno.

El concepto de participación conecta así con «la naturaleza orgánica de la Iglesia que se proyecta en el modo de llevar a cabo su misión:

<sup>21</sup> SAN JUAN PABLO II, Ex. ap. *Christifideles laici*, n. 14.

<sup>22</sup> Cfr. *LG*, n. 1.

<sup>23</sup> F. OCÁRIZ, *Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, p. 165.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 242.

orgánicamente, con distinción de funciones vitales mutuamente interdependientes»<sup>25</sup>.

Por lo que respecta a los laicos, su *ser* y *hacer* Iglesia mediante su participación específica en los *tria munera* de Cristo se realiza *en el mundo y desde el mundo*, en orden a instaurar la vida cristiana en el siglo –el Reino de Cristo– mediante aquello que les es propio, su *trabajo secular y su vida familiar*, esto es, su vida cotidiana.

Es *allí* donde cada uno transmite el mensaje evangélico –con obras y también con palabras– y donde desarrolla o despliega su vida sacramental, de raíz bautismal, “sacramentalizando” toda su existencia, su *ser mundo y hacer mundo*, lo que en contexto teológico eclesial equivale a decir, *siendo Iglesia y haciendo Iglesia*.

La Iglesia es así, en medio del mundo y para el mundo, signo e instrumento de la unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí<sup>26</sup>.

Los laicos –especifica el Decreto *Apostolicam actuositatem*– «al haber recibido participación en el ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les atañe en la misión total del Pueblo de Dios»<sup>27</sup>.

Esta expresión, *en la Iglesia y en el mundo*, utilizada por el Concilio, ha sido ampliamente debatida en la era postconciliar, conforme a las diversas posturas teológicas sostenidas históricamente en torno al concepto de *mundo* y a la concepción del lugar del *laico* en la Iglesia, en dependencia del marco eclesiológico de sustento de cada una de ellas<sup>28</sup>.

Pero en el contexto total de los documentos conciliares se ve claro que para el laico, en el que la secularidad es distintiva, el ejercicio del sacerdocio en la entraña del mundo es esencial, entendiendo por *mundo* los asuntos temporales, las diversas profesiones y oficios, así como la vida familiar y social<sup>29</sup>.

La misión específica de los laicos en el mundo es, en efecto, la de consagrarlo a Dios por el ofrecimiento de su vida cotidiana, junto con la oblación del Cuerpo del Señor. Así «consagran el mundo mismo a

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> Cfr. *LG*, n. 1.

<sup>27</sup> CONC. VATICANO II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

<sup>28</sup> Sobre el debate “Iglesia-mundo” cfr. V. BOSCH, *Azione ecclesiale e impegno nel mondo dei fedeli laici: una insidiosa distinzione*, en: «*Annales Theologici*» 26/1 (2012) 127-136.

<sup>29</sup> Cfr. *LG*, nn. 31-36.

Dios»<sup>30</sup>, lo que no implica el intento de sacralizar el mundo, lo que le haría perder su indiscutible autonomía temporal.

Podría decirse que la *consecratio mundi* que compete a los laicos es la concreción del modo específico de llevar a cabo su misión sacerdotal en la Iglesia a través de sus tareas seculares. Para ellos, por tanto, el *mundo* es, por una parte, el *ámbito* en donde ejercen su función sacerdotal, y por otra, el medio o *materia* del sacrificio espiritual de su sacerdocio<sup>31</sup>.

Este punto fue ampliamente desarrollado en la Exhortación apostólica *Christifideles laici*, sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo<sup>32</sup>. La relación *Iglesia-mundo* no se entiende en ella en sentido disyuntivo, como si los laicos tuvieran “una” misión en la Iglesia y “otra” en el mundo, sino «que realizando su misión en el mundo realizan su misión en la Iglesia»<sup>33</sup>.

Para referirse a la tarea de los laicos “en la Iglesia y en el mundo” san Josemaría manifiesta en una entrevista, en 1967, que no piensa «que deban considerarse como dos tareas diferentes, desde el mismo momento en que la específica participación del laico en la misión de la Iglesia consiste precisamente en santificar *ab intra* –de manera inmediata y directa– las realidades seculares, el orden temporal, el mundo»<sup>34</sup>.

Álvaro del Portillo –su intérprete y sucesor– precisa que «no se trata de dos funciones que se contraponen entre sí»<sup>35</sup>, puesto que los laicos, cumpliendo su misión en el mundo, realizan su misión en la Iglesia, y no porque Iglesia y mundo se identifiquen, sino porque la Iglesia vive en el mundo y está hecha para los hombres que son del mundo y viven en él. Es en el mundo en donde los laicos deben ejercitar la participación que les es propia en el *triplex munus* de Cristo<sup>36</sup>.

---

<sup>30</sup> LG, n. 34.

<sup>31</sup> Cfr. F. OCÁRIZ, *Naturaleza...*, cit., p. 250.

<sup>32</sup> Cfr. SAN JUAN PABLO II, Ex. ap. *Christifideles laici*, nn. 14-17.

<sup>33</sup> F. OCÁRIZ, *Naturaleza...*, cit., p. 244.

<sup>34</sup> *Conversaciones*, n. 9.

<sup>35</sup> Á. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos en la Iglesia*, Eunsa, Pamplona 1969, p. 185.

<sup>36</sup> Cfr. F. OCÁRIZ, *Naturaleza...*, cit., p. 244.

3. LA SANTIFICACIÓN DEL MUNDO *DESDE DENTRO* EN EL SENO DE LA IGLESIA

La concreción de la específica acción de los laicos en el mundo se orienta a responder al llamado de Cristo a toda la Iglesia para que lo levante sobre la faz de la tierra en orden a renovarla y devolverla a su Creador a impulsos del Espíritu: «*Et Ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*» (Jn 12, 32).

Este fue el llamado vocacional del Opus Dei en el seno de la Iglesia, tal como fue recibido de Dios por san Josemaría, quien comprendió de un modo *nuevo* esa frase de la Escritura por la que Cristo predice su alzamiento en la Cruz. El sentido literal tradicional refiere el texto a la atracción de Cristo no sólo hacia la Cruz, sino –a través de ella– a Cristo mismo como Redentor exaltado en su gloria. Su fuerza de atracción hacia su Reino, ya incoado en la tierra, se dirige a *todos los hombres* (“*omnes traham*”), tal como se lee en la *Neovulgata*, y a *todas las cosas* (“*omnia traham*”), según la versión de la *Vulgata*<sup>37</sup>.

Pero san Josemaría las entiende de otro modo<sup>38</sup>, con una hondura espiritual extraordinaria, conforme a una locución divina percibida el 7 de agosto de 1931, la que le confirma en su *visión* del Opus Dei –y de su inseparable su misión– recibida de modo sobrenatural el 2 de octubre de 1928:

«Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas»<sup>39</sup>.

En una *Carta* de 1947, al rememorar tal acontecimiento, perfila aún más su percepción:

«... hubo otra voz sin ruido de palabras. Una voz, como siempre, perfecta, clara: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum!* (Jn 12,32). Y el concepto

<sup>37</sup> Cfr. E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. I, 2ª ed., Rialp, Madrid 2011, p. 426, nota 272. Respecto a la interpretación exegética de Jn 12,32 cfr. J.L. GONZÁLEZ GULLÓN, *La fecundidad de la Cruz. Una reflexión sobre la exaltación y la atracción de Cristo en los textos joánicos y la literatura cristiana antigua*, Edusc, Roma 2003.

<sup>38</sup> El texto que manejaba san Josemaría es el de la *Vulgata*.

<sup>39</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 217 (7-VIII-1931), citado en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Rialp, Madrid 1997, p. 381.

preciso: no es en el sentido en que lo dice la Escritura; te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos»<sup>40</sup>.

Completa la idea en el número 59 de *Conversaciones*, encuadrada en la amplitud de su visión de la Iglesia:

«Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»<sup>41</sup>.

En síntesis, «percibió, no sin luz divina, que a través de esas palabras, Cristo quería que entendiera que los cristianos, identificados con Cristo, estaban llamados a hacerle presente, llevándolo en su conducta a todas las actividades humanas»<sup>42</sup>.

Al referirse al mundo bajo la expresión *todas las actividades humanas* se ve claro que su concepto de *mundo* no es el que clásicamente se tenía hasta entonces –como opuesto a la Iglesia o como ámbito meramente cósmico–, sino que lo entiende como el *mundo* “del siglo” –*saeculum*– en donde se hacen los hombres, los mismos que han de ser transformados en Cristo *en* la Iglesia y *por* la Iglesia; así comprende que el *mundo* es no sólo el *habitat* del ser y del obrar de los hombres sobre la tierra, sino que a la vez es, para los laicos, su *situs* en la Iglesia. De ahí la específica vocación de aquellos que, pertenecientes al mundo, allí mismo –*ibi*– han sido llamados por el Bautismo para trabajar las cosas de la tierra al modo terreno y divino a la vez, sin salirse de su sitio, de donde mana la esencial índole secular de su vocación eclesial eminentemente laical<sup>43</sup>.

Lo “nuevo” que Dios concedió entender a san Josemaría se cifra en la comprensión de la secularidad como dimensión cristiana y eclesial<sup>44</sup>, en su significación salvífica<sup>45</sup>.

---

<sup>40</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta 29-XII-1947/ 14-II-1966*, n. 89, citado en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, cit., p. 380.

<sup>41</sup> *Conversaciones*, n. 59.

<sup>42</sup> *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, cit., p. 303 (comentario al n. 59c).

<sup>43</sup> Cfr. *LG*, n. 31.

<sup>44</sup> Cfr. P. RODRÍGUEZ, “*Omnia traham ad meipsum*”. *El sentido de Juan 12,32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer*, en: «Romana» 13 (1991) 346.

<sup>45</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 347.

Así el cristiano, «también y precisamente en cuanto unido a Cristo en su actividad secular –santificación del trabajo–, *es Cristo en la Cruz, Cristo levantado ante el mundo*»<sup>46</sup>, para atraer desde allí a todo y a todos hacia Sí.

Podría decirse entonces, desde una perspectiva eclesial, que para el laico están de tal modo entrelazadas la construcción del mundo y de la Iglesia que su *hacer* el mundo y *en* el mundo inhiere profundamente en su modo de edificar la Iglesia: «Cristianizar desde dentro el mundo entero, mostrando que Jesucristo ha redimido a toda la humanidad: ésa es la misión del cristiano»<sup>47</sup>.

La nueva visión de la Iglesia que se halla inserta en la doctrina de san Josemaría –la santificación de los hombres y del mundo por su trabajo ordinario– se centra en el Misterio Pascual de Jesucristo hecho Iglesia. Este incorpora en su propio Misterio el misterio del hombre –el de cada hombre y el de cada mujer– desde su misma Encarnación hasta su Glorificación, pasando por su vida ordinaria en Nazareth hasta su Pasión y Muerte en la Cruz; en ella Cristo se alza en tanto que *signo e instrumento* de su abrazo cósmico a la humanidad entera extendida por toda la tierra –el *mundo*–. Se aúnan así la tierra y el Cielo en un único culto sacrificial hecho de pan y de vino –*frutos de la tierra y del trabajo del hombre*<sup>48</sup>–, como ofrenda permanente hecha al Padre –por El, con El y en El–, gracias al impulso amoroso del Espíritu Santo:

«En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria. . .»<sup>49</sup>.

---

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 347.

<sup>47</sup> *Conversaciones*, n. 112. Cfr. *LG*, n. 31.

<sup>48</sup> Cfr. Liturgia Eucarística del Rito Romano.

<sup>49</sup> *Conversaciones*, n. 116.